

CAPÍTULO 1

Introducción: La conceptualización del desarrollo nacional y sus problemas

Los ensayos que se incluyen en este libro no constituyen una teoría general sobre la sociedad o el desarrollo sino una serie de contribuciones teóricas y empíricas al análisis de algunos aspectos estratégicos de la realidad social. Como se señala en el capítulo 4, entre los intelectuales latinoamericanos, y entre muchos europeos y norteamericanos, ha sido común lamentar el “fin de los paradigmas”, esto es, la ausencia de narrativas teóricas globalizadoras capaces de explicar deductivamente amplios aspectos de la realidad. Ejemplos de tales paradigmas fueron, desde la sociología norteamericana, la escuela funcionalista y, desde el marxismo, diversas teorías de la dependencia y el imperialismo.

En ese capítulo argumento que tales lamentos son infundados porque las narrativas globalizantes, más que contribuir al progreso científico y a la comprensión integral de la realidad, los retardan. Esto es así por dos razones. Primero, porque estas teorías producen explicaciones “fáciles” sobre la naturaleza y determinantes de toda una gama de fenómenos, desestimulando al mismo tiempo la investigación empírica de los fenómenos y el desarrollo de explicaciones alternativas. Segundo, porque las grandes teorías se constituyen en universos cerrados que tienden a privilegiar la lealtad a sus postulados antes que su problematización. Las grandes escuelas teóricas degeneran inevitablemente en el escolasticismo: sus adherentes “todo lo saben” con base en la aplicación deductiva de ideas generales a cualquier fenómeno y se muestran más interesados en atacar a quienes cuestionan tales ideas que en averiguar si efectivamente explican aspectos puntuales de la realidad.

Por el contrario, en el mismo capítulo 4 señalo que es en el nivel intermedio donde la teoría realmente da frutos para el avance científico y la comprensión de la sociedad. Este nivel intermedio es el de los conceptos e hipótesis suficientemente abstractos como para escapar de la tiranía del detalle, pero a la vez suficientemente concretos como para ser falsificables o modificables a partir de investigaciones rigurosamente diseñadas. Es en este nivel, como señaló Robert Merton, donde se da un diálogo útil entre lo empírico y lo teórico, lo singular y lo general, de tal forma que los conceptos influyen y guían la investigación de fenómenos, a la vez que los estudios de estos modifican y hacen avanzar el desarrollo conceptual.

En ese capítulo ofrezco una serie de ejemplos de teorías de nivel intermedio que pueden ser puestas a prueba y guiar investigaciones sobre el desarrollo en América Latina. Sin excepción, el resto de los capítulos abordan aspectos de esta realidad a partir de conceptos de nivel intermedio de generalidad. Tales son los conceptos de estructura de clases y su evolución temporal, capital social y sus efectos en el entorno comunitario, políticas de desarrollo y su interacción con la estructura de clases y la “calidad” de los Estados que las aplican, y transnacionalismo inmigrante y su papel en el proceso de globalización y en el futuro de las naciones de origen.

Muchos otros conceptos y teorías similares podrían haber sido objeto de análisis. Es este nivel intermedio el que produce la división natural de toda disciplina en especialidades, en nuestro caso entre sociología económica, sociología política, sociología de la cultura, etc. Es dentro de cada una de estas ramas donde ocurre una interacción fructífera entre los diversos aspectos del quehacer científico y se generan explicaciones válidas y bases confiables para políticas sociales.

LA DESIGUALDAD

Aparte de su estilo y metodología de análisis, la desigualdad es el problema central que subyace tras todos los ensayos que conforman los capítulos de este libro. Es un lugar común que la desigualdad existe en todas las sociedades. Sin embargo, en las latinoamericanas reviste características únicas que requieren atención especial.

Existen dos tipos generales de desigualdad social: la absoluta y la relativa. La desigualdad absoluta se centra en la existencia de segmentos de la población de un país que no acceden al ingreso mínimo para hacer posible una existencia modesta pero digna. De acuer-

do con la filosofía de John Rawls, lo que importa es el “piso”, no el “techo” de las distribuciones de ingreso y riqueza. Una sociedad justa se basa, de acuerdo con este marco filosófico, en el acceso de todos sus miembros a un nivel mínimo de recursos que garantice su supervivencia material y oportunidades de avance social y económico. En América Latina, las clases dominantes (descritas en el capítulo 2) rara vez alcanzan a ser una décima parte de la población económicamente activa. Este “decil privilegiado” se apropia de tal cantidad de recursos que crea una brecha insalvable con el resto de la sociedad y confina a una parte importante de la población, a menudo su mayoría, a la pobreza.

En la mayor parte de los países latinoamericanos, el trabajador informal promedio no recibe ingresos que le permitan superar la línea de pobreza. Esto significa que, al contrario de lo que ocurre en casi todo el mundo desarrollado, ser trabajador en América Latina generalmente supone ser pobre. Esto quiere decir que el esfuerzo humano que en otras sociedades se ejercita para escapar de la precariedad, la desnutrición y la falta de oportunidades, no logra hacerlo en Latinoamérica por la distribución tan sesgada de la remuneración al trabajo. Uniformemente, desde la perspectiva de Rawls, éstas no son sociedades justas.

La desigualdad también es relativa. De acuerdo con los programas de ajuste económico inspirados en la teoría neoliberal e implementados, en mayor o menor medida, en todos los países de la región, la desigualdad relativa es de importancia secundaria. El crecimiento económico que estos programas persiguen debe beneficiar teóricamente a todos los miembros de la sociedad como “una marea que eleva a todos los botes”. Por tanto, aun cuando las desigualdades persistan, el crecimiento incide directamente en la reducción de la pobreza absoluta.

Aparte de los muy desiguales resultados del programa neoliberal en la generación de crecimiento económico, tal análisis no toma en cuenta que las desigualdades relativas pueden tener efectos sociales tan o más amplios que las absolutas. El descontento es similar o mayor al de la situación anterior cuando, mientras que los grupos dominantes detentan y ostentan niveles de consumo que nada tienen que envidiar al de los países desarrollados, los trabajadores consiguen empleos con los que rebasan la línea de pobreza absoluta pero que no les dan capacidad alguna para satisfacer las nuevas expectativas de

consumo. En un “océano de pobres” donde todos dedican todas sus energías a la supervivencia material, la comparación con el estilo de vida de los pocos privilegiados es una consideración menor. Cuando se logra acceder a un mínimo estable que garantice la supervivencia, la comprensión de la enorme distancia que separa este tipo de vida del de las clases altas es una fuente creciente de frustración. A esto se le llama “privación relativa”.

Chile es el único país latinoamericano donde la implementación de políticas de ajuste neoliberal derivó, después de varios ensayos fracasados, en un ritmo de crecimiento económico sostenido y una eventual disminución significativa de la pobreza. Allí, la “marea” sí logró levantar todos los botes pero de manera muy desigual. La enorme distancia entre ricos y pobres creció y esto ha dado lugar a una mayor privación relativa. Dos de los ensayos que siguen, sobre estructura de clases (capítulo 2) y la sociología del desarrollo (capítulo 3), analizan las particularidades de la experiencia chilena.

El punto a destacar es que tanto la privación relativa como la absoluta tienen consecuencias sociales importantes, tales como las crecientes tasas de deserción escolar entre jóvenes de las clases desposeídas, la proliferación del tráfico de drogas en áreas populares y la ola de crímenes contra la propiedad y las personas. Esta última es obra, en su mayoría, de jóvenes desempleados o precariamente empleados que buscan acceso a los bienes de consumo moderno que ven desplegados en la televisión y en las calles y que jamás podrán alcanzar por vías legales.

La desigualdad en todas sus formas representa una de las características definitorias de las sociedades latinoamericanas. Las alternativas para superarla, ya sea a través de políticas estatales superiores a las que hasta hoy se han ensayado o de la movilización misma de los sectores populares, constituye una prioridad central para el futuro. Esta es la línea temática común de los capítulos que siguen.

LA ECONOMÍA Y LA SOCIOLOGÍA EN BÚSQUEDA DE LA EQUIDAD

La aplicación del modelo neoliberal en las últimas dos décadas representó no sólo un cambio drástico en las políticas de desarrollo de los países latinoamericanos sino también el ascenso de la economía ortodoxa a una posición de hegemonía absoluta sobre las demás cien-

cias sociales. Hubo mucho de arrogancia en el desdén con que los adeptos a esta doctrina rechazaron las precauciones y reservas provenientes de otras disciplinas para implementar impávidos las mismas políticas de privatización y apertura unilateral en un país tras otro.

Cuando se le compara con sus promesas, el resultado de tan radicales reformas es muy poco halagador. Aun en Chile, la implementación ortodoxa de las prescripciones neoliberales por los famosos “*Chicago Boys*” bajo la dictadura de Augusto Pinochet condujo a sucesivas catástrofes económicas sólo superadas por la fuerza de las armas. Como diversos analistas lo han señalado, sólo después de varios de estos fracasos fue cuando un cambio de rumbo hacia políticas más eclécticas y menos doctrinarias consiguió al fin hacer resurgir la economía chilena y situarla en el camino del crecimiento. En otros países, el resultado fue aún peor. El empecinamiento de Domingo Cavallo y sus seguidores en convertir a la Argentina en país desarrollado de la noche a la mañana a través de la apertura de mercados y la paridad cambiaria condujo al desastre económico por todos conocido.

Como ya hice notar y se describe en varios de los siguientes capítulos, el costo social de estos experimentos ha sido muy alto en términos de desempleo, desigualdad y deterioro de la calidad de vida y la legitimidad del Estado. No es que las teorías económicas sean necesariamente falsas o que no contengan prescripciones útiles para impulsar procesos de desarrollo. Es que su aplicación a países muy diversos no se compadece con las diferencias históricas entre ellos, las características específicas de sus estructuras de clases, la composición étnica y la legitimidad del Estado nacional.

Todas estas son variables que condicionan la aplicación de cualquier modelo económico e inciden en sus resultados. Como lo ha señalado Ravi Kanbur, destacado economista y exfuncionario del Banco Mundial, los logros de las políticas neoliberales han sido tan erráticos y los análisis cuantitativos sobre las relaciones entre crecimiento, desigualdad y pobreza tan contradictorios, que los economistas no han tenido más remedio que echar mano de las “instituciones” como determinantes del éxito o fracaso de tales políticas.

Pero las instituciones son entes sociales y su comprensión científica escapa al arsenal conceptual o metodológico de la economía moderna. Cuando los economistas se adentran en este campo tienden a cometer serios errores. Es por ello que la colaboración entre economía y sociología –y, en algunos aspectos, la ciencia política– es cen-

tral para la implementación exitosa de modelos de crecimiento con equidad. En algunos de los siguientes capítulos se discuten conceptos y teorías recientemente elaboradas por la sociología del desarrollo y la sociología económica que son útiles para el análisis de las hoy denominadas “instituciones”. Tales son los conceptos de redes sociales, capital social, Estado “weberiano”, cadenas de productividad, acumulación causal y transnacionalismo.

La inserción de estos y similares conceptos en el análisis del desarrollo económico conduce a una mejor comprensión de dónde y cómo aplicar determinadas políticas, y a mayores posibilidades de éxito de las mismas. El desafío para la sociología y otras ciencias sociales no económicas consiste en refinar sus conceptos para aplicarlos no solo a posteriori a las experiencias de éxito o fracaso en el pasado sino, en forma proactiva, a las del futuro. La construcción de indicadores sociales tales como calidad de los Estados nacionales, nivel de corrupción, civismo de la población, actividad empresarial y legitimidad de las autoridades ante la sociedad civil se vislumbran como acompañante necesaria de los indicadores económicos que hoy en día existen. El análisis del contexto institucional previo a la aplicación de cualquier política económica ha de convertirse en paso indispensable para asegurar sus posibilidades de éxito y evitar los desastres del pasado. Los conceptos y teorías de nivel intermedio a que hice referencia al comienzo de esta introducción pueden jugar un papel crucial en la elaboración de tales diagnósticos.